

## 11

**La cadena mágica**

La gran obra en Magia práctica, después de la educación de la voluntad y de la creación de la personalidad del mago, es la formación de la cadena magnética, y este secreto es verdaderamente el del sacerdocio y el de la realeza.

Formar la cadena magnética es dar origen a una corriente de ideas que produzcan la fe y que arrastre a un gran número de voluntades en un círculo determinado de manifestaciones por la acción. Una cadena bien formada es algo así como un torbellino que todo lo absorbe y lo arrastra.

Puede establecerse la cadena de tres maneras: por los signos, por la palabra y por el contacto.

Se establece por los signos haciendo adoptar un signo para la opinión como representante de una fuerza. Así es como los cristianos se comunican y se unen por el de la cruz, los masones por el de la escuadra, bajo el Sol, y los magos por el del microcosmo, que se hace con los cinco dedos extendidos, etc. Los signos, una vez recibidos y propagados, adquieren fuerza por sí mismos. La vista y la imitación del signo de la cruz bastaban para suscitar conversiones en los primeros siglos del cristianismo. La medalla, llamada milagrosa, ha operado aun en nuestros días un gran número de conversiones por la misma ley magnética.

La cadena mágica por la palabra estaba representada, entre los antiguos, por esas cadenas de oro que salen de la boca de Hermes. Nada iguala a la electricidad de la elocuencia. La palabra crea la inteligencia más elevada, aun entre las muchedumbres más ignorantes y más abigarradas. Hasta aquellos peor preparados para comprender, comprenden por conmoción y se ven arrastrados como los demás. Pedro el Ermitaño ha quebrantado a Europa al grito de "¡Dios lo quiere!" Basta, frecuentemente, una frase corta para derribar un poder. Se está muy cerca de cumplir los deseos de un hombre cuando se repiten sus frases.

La tercera manera de establecer la cadena mágica es por el contacto. Entre personas que se ven con frecuencia, el principio de la corriente se revela pronto y la voluntad más fuerte no tarda en absorber la de los demás. El contacto directo y positivo de mano a mano completa la armonía de las disposiciones, siendo por este motivo una prueba de simpatía y de intimidad. Los niños, que están guiados instintivamente por la Naturaleza, forman la cadena magnética al jugar a la ronda. Entonces la alegría circula y la risa se esparce. Las mesas redondas son más favorables para toda clase de juegos que las de otra forma. La gran rueda del Sabat, que era la señal de haber terminado las reuniones misteriosas de los adeptos de la Edad Media, era una cadena mágica que los unía a todos en una misma voluntad y para una obra común; la formaban colocándose espalda con espalda y agarrándose de las manos, con el rostro fuera del círculo, a imitación de las antiguas danzas sagradas, de las cuales se ven todavía reflejos en los bajorrelieves de algunos templos vetustos.

Los fenómenos de las mesas giratorias y parlantes han sido una manifestación fortuita de la comunicación fluídica por medio de la cadena circular; luego la

mistificación se mezcló en ello y personas, aun instruidas e inteligentes, se apasionaron por esta novedad, hasta el punto de mixtificarse a sí mismas y convertirse en víctimas de su propio engaño. Los oráculos de las mesas eran respuestas sugeridas más o menos voluntariamente o tomadas al azar, pareciéndose a las conversaciones que tenemos entre sueños. Los demás fenómenos, más extraños, podían ser productos externos de la imaginación común. No negamos, sin duda, la intervención posible de espíritus elementales en esas manifestaciones, como en las de la adivinación por las cartas o por los sueños; pero no creemos que esté probado en forma alguna, y que, nada, por consiguiente, puede obligarnos a admitirlo.

Uno de los más extraños poderes de la imaginación humana es el de la realización de los deseos de la voluntad, o aun de sus aprensiones y temores. Se cree fácilmente lo que se teme o lo que se desea, dice el proverbio y con razón, puesto que el deseo y el temor dan a la imaginación un poder realizador cuyos efectos son incalculables. En las corrientes magnéticas y por medio de la cadena, las realizaciones son tanto más extrañas cuanto que son casi siempre inesperadas cuando la cadena no ha sido formada por un jefe inteligente, simpático y fuerte. Resultan, en efecto, combinaciones puramente fatales y fortuitas.

El espanto vulgar de los convidados supersticiosos cuando se sientan trece ante la mesa y la convicción que tienen de que una desdicha amenaza al más joven y al más débil de todos, es, como la mayoría de las supersticiones, un resto de ciencia mágica. Siendo el duodenario un número completo y cíclico en las analogías universales de la Naturaleza, arrastra siempre y absorbe al decimotercio, número considerado como desgraciado y superfluo. Si el círculo de una muela de molino está representado por doce, el número trece será el del grano que deberá triturar. Los antiguos habían establecido sobre semejantes consideraciones la distinción de los números felices y desgraciados, de donde se deducía la observancia de los días de buen y mal augurio. Es en este asunto en donde la imaginación creadora se fija, y los números y los días no dejan de ser favorables o desfavorables a aquellos que creen en su influencia. Fue, pues, con razón, como el cristianismo proscribió las ciencias adivinatorias, porque disminuyendo así el número de las probabilidades fatales, dio mayores elementos y más elevado imperio a la libertad.

La imprenta es un instrumento admirable para formar la cadena mágica por la extensión de la palabra. Efectivamente, ningún libro se pierde; los escritos van siempre a donde deben ir, y las aspiraciones del pensamiento atraen la palabra.